

**T**uve la suerte de trabajar con José Luis Alcázar durante muchos años, codo con codo, en primera línea. Eso me dio la oportunidad de conocerle con cierta profundidad y de convertirme en su amigo.

Lo primero que quisiera destacar de José Luis es su gran capacidad clínica. A su profundo conocimiento de la naturaleza humana se sumaban su extensa formación y su habilidad para la observación minuciosa. Eso le permitía abordar los casos que trataba de una manera ecléctica y holística, atendiendo siempre a los aspectos neuroevolutivos que modulan nuestro comportamiento. Pero lo que realmente le caracterizaba era su tesón. Nunca tiraba la toalla, nunca daba un caso por perdido, nunca se rendía.

Al inicio, desarrolló su carrera profesional en el ámbito público, donde realizó una intensa actividad tanto asistencial como de gestión. No le asustaba ser pionero, y lo fue también cuando, abandonando la administración, fundó, junto con Almudena Buendía, un Hospital de Día Infanto-juvenil, que dirigió con mano diestra y cuya actividad continúa hoy en día, 23 años después.

Su pasión por la psiquiatría infanto-juvenil le llevó a ingresar al principio de los 70, y de la mano de Luis Pelaz, en nuestra Asociación. Siempre activo, leal y constructivo como socio, llegó con el tiempo a ocupar diversos cargos dentro de la Junta Directiva (Tesorero, Secretario, Asesor de la Presidencia) hasta ser elegido presidente en 1996.

Es fácil imaginar el ímpetu con el que abordaba sus objetivos. Fue pionero, junto a otros compañeros, en los inicios de la modernización de AEPNYA, "esa agrupación de profesionales amigos, entusiastas de la psiquiatría infantil", como él siempre enfatizaba. Mantuvo esa iniciativa hasta su última participación en la Asociación, en el Congreso de Santiago de Compostela, compartiendo el esfuerzo y el tesón con todas y cada una de las Juntas Directivas posteriores, consiguiendo con ello llegar a convertirla en la asociación científica y divulgativa del siglo XXI que es hoy en día.

Además de la psiquiatría, no eran pocas las inquietudes de José Luis. La condición humana, la historia, "las piedras" como él decía, la música... son solo algunas de ellas. Y su entusiasmo era contagioso. Sirva como ejemplo una anécdota que viene a mi memoria. Estando en Barcelona por motivos de trabajo me dice: "César, vamos a tomar un café". Y lo tomamos, claro que sí... En Colliure, Francia. Y eso porque le había comentado semanas antes que nunca había estado en la tumba de Antonio Machado. Podía recorrer kilómetros para conocer ese ábside, ese capitel o ese dolmen que le interesaban.

Pero de todas, su pasión más importante era su familia. Siempre me conmovía comprobar cómo se emocionaba cuando hablaba de ellos. De Teresa, su mujer, y de sus hijos Olga y José Luis (Pepo). A este grupo se sumó en los últimos años su nieto, al que llamaba "Gusanito", cuya sola mención hacía que se relajara su semblante, dibujando en su rostro una sonrisa incluso en los momentos más difíciles de la enfermedad.

Los que hemos tenido la suerte de ser amigos de José Luis sabemos que siempre (y en esta ocasión el adverbio adquiere su pleno significado) podías contar con él. No había ocasión en la cual, si le necesitabas, no abandonara su actividad y priorizara tu necesidad.

El 21 de septiembre de 2015 nos dejó para siempre un hombre inteligente, trabajador y divertido. Y todos sabemos lo difícil que resulta que converjan los tres adjetivos en la misma persona.

*Adiós, José Luis, amigo.*

*Hasta siempre.*

*César Antolín*